

ECOS DE LA VIDA LITERARIA

LENGUAJE DE SIMBOLOS

POESIA ESENCIAL DE MIQUEL ANGEL RIERA

Dos recientes libros, salidos en el intervalo de pocos meses, han hecho centrar la atención de un núcleo de lectores de las letras catalanas en Miquel Angel Riera: la selección y traducción de «Poemes de l'enyorament» de Rafael Alberti y la inquietante novela «Fuita i martiri de sant Andreu Milà». Se ha incorporado ésta, con el número 91, a la ya prestigiosa biblioteca «Raixa» (Palma de Mallorca, Editorial Moll); las traducciones, en cambio, de Alberti pertenecen a una nueva serie, formada por volúmenes irreprochablemente presentados, que patrocina la Casa de Cultura de Manacor al alimón con la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de las Baleares. Destaquemos, de paso, en medio del panorama casi exclusivamente turístico-económico de Mallorca, algo triste, esta notable aportación, como ejemplo de honestidad y clarividencia en un ambicioso programa de promoción cultural. Junto al libro de Miquel Angel Riera se han alineado, en pocos meses, otros tres títulos de poesía: «La desintegració del desig» de Bernat Vidal, «Nu» de Jaume Santandreu y «Catorze sonets i una cançó» de Guillem Nadal.

Se trata de poetas que o han sido galardonados con el premio «Ciutat de Manacor» o están vinculados con la famosa ciudad de las grutas, las perlas... y las basílicas paleocristianas. Tendremos ocasión de referirnos, en otras ocasiones, a su obra, que aquí sólo se anuncia, como una forma de actividad digna de atención, incipiente o ya consagrada. Por las razones antes apuntadas, sólo pretendíamos subrayar ahora la humanísima y singular personalidad de Miquel Angel Riera. Sí, es probable que para muchos sea un desconocido. No en vano Josep M. Llompart, al prologar «Fuita i martiri de sant Andreu Milà», recuerda que «el nom de Miquel Angel Riera, escriptor solitari i fidel, marginat dels aldarulls literaris del país, no ha sonat gaire encara». Pero el destino de este «treballador metòdic» parece señalado por un signo de perduración de elementos, de resistencia a toda beatería efímera. Se toma, en efecto, demasiado en serio tanto la realidad del hombre como el oficio del escritor. Quizá vaciló antes de emprender su «cursus»; hoy, seguro de sí mismo, nos hace volver, como en rebote, de una confusa costra de ironía a una situación de responsabilidad, firmeza y perseverancia.

De hecho, Miquel Angel Riera —un «hortolà» de profesión, como él mismo se define, pero un hortelano con título universitario— nos era ya conocido a partir de su libro «Poemas a Nai», escrito en 1960 y publicado en 1965 (por la extinguida colección «La sínia»), del que prepara una reedición. Aquellos poemas no podían ser todavía, por supuesto, toda la dimensión de su forma auténtica o, si lo decimos con palabras suyas, «l'extensió d'una veu enramada, maldada a versos quadrats». Pero cuarteaba ya, desde sus comienzos, toda una teoría de rutinas, prejuicios y hábitos. Miquel Angel Riera llegaba a «una de les creacions més pures, més assaonades, de més bell i perfecte equilibri que ha assolit la poesia insular d'avui» (Llompart) desbrozando caminos insólitos, de dura y desgarrada belleza. En la ardiente expresividad de unos poemas de amor, todo podía esperarse, sin duda, menos esta declaración: «T'estim, però me'n fot», que, por lo visto, ya se hizo famosa antes de su impresión entre ciertos grupos de «llettraferits».

Mas no debía darse demasiado relieve a la anécdota. Expresiones gruesas, imágenes absurdas y excesivas libertades gramaticales reclamaban, sobre el contexto de aquella poesía, un extraño goce en el poder de la transfiguración y la paradoja. Todo podía iluminarse «pels gratacels obscurs de la carn meua», haciendo eterna la danza de guerreros excitados, la previsión de risas, la lucha de huesos y venas, la longitud de cualquier presencia. El poeta, pese a una elegante irresolución innata que le alejaba de tumultos y galardones, estaba ya «condenado» a vivir en el «precís amor de dos i dos fan quatre», en el indeclinable imperio de las palabras. Sólo a la poesía debían adscribirse, sin posibilidad de evasión, todas sus situaciones y circunstancias. Mientras estaba entregado a la grave tarea de traducir los «Poemes de l'enyorament» de Rafael Alberti, conseguía el premio «Joan Alcover» de poesía en la convocatoria de los premios «Ciutat de Palma» de 1972 y hoy, superada toda resistencia, tiene en prensa otros dos conjuntos poéticos: «Biografía» y «La belleza del món».

Las catorce piezas incluidas en «Poemes de l'enyorament», título bastante explícito y aprobado por Rafael Alberti —que ha enriquecido esta edición con dos monotipos originales—, pertenecen a los libros «Retorno de lo vivo lejano» (1948-1952), «Ora marítima» (1953), «Baladas y canciones de la quinta del mayor loco» (1953), «Abierto a todas horas» (1960-1963) y «Roma, peligro para caminantes» (1964-1967). En verdad, al ceder Miquel Angel Riera a la tentación de traducir los poemas «més enramats» por la nostalgia de Alberti, no ha obedecido sólo a la inmensa devoción que pueda sentir por el poeta exiliado ni a la circunstancia de cumplir éste sus setenta años. Se trata, en rigor, como suele

acontecer en otros centenares de casos análogos, de hondas afinidades vitales (que provocan, obviamente, dicha devoción): aquí, en síntesis, de la contribución al estudio del hombre, «comenzando por uno mismo». De aquí, en última instancia, el obsesivo propósito, acariciado por el traductor —en vano, todo hay que decirlo— de ocultar y casi destruir su presencia en el texto, ante el miedo de ser «massa traductor, massa traïdor».

El poeta de Manacor no puede desasirse, como el poeta andaluz, de esta carga de justa tristeza que le abruma el alma, mientras anima a los otros a cantar la vida nueva, a ser fuertes, «perquè l'albada és vostra». Se mantiene así en su línea. Por ello, «Fuita i martiri de sant Andreu Milà» no podía ser sino el fruto, como observaba Joan B. Marquès, de sus problemas, de sus ideas, de sus convicciones, de sus vivencias como persona. ¿Hay que simplificar este juicio? Dígase entonces, escuetamente, que una novela de esta naturaleza, tan apasionadamente conducida y meditada, sólo puede concebirla un poeta. «Una gran novel·la» —resume de nuevo Josep M. Llompart, en el prólogo— «escrita per un gran poeta». No puede suceder de otro modo. Pero la poesía del relato no se ciñe, y hay que subrayarlo, a ciertas notas de estremecedora emoción o a ciertos pasajes perfectamente logrados en estilo, léxico y estructura. Nos referimos a exquisitas muestras de ordenación como éstas: «A darrera hora, per la finestreta horitzontal, hi havia, amb el sol, com una turbulenta festa daurada a la qual ningú no assistia» (p. 23); «aquella boira de dona, aquella cosa sense nom, sense forma, just amb la veu treta a la llum, era per a mi com un clot ple de fosca calenta dins el qual desesperadament volia estimar-me» (p. 88); «darrera meu, el foc em devia fer senyals, però no em vaig girar, perquè, des de l'ànima, em creixia, enravenant-me el cos, la meua pròpia imatge, vella i nova, feta ja per sempre una duríssima estàtua de sal» (p. 145).

No hay que dejarse sorprender ni alucinar por semejantes relumbres mágicos, de ritmo y agilidad admirables. En «Poemas a Nai» presentaban un mecanismo muy diverso, casi incoherente, que a veces ponía los pelos de punta. Ahora, en la noveia, se han convertido en usuales elementos de belleza, casi en marcas externas de un arte narrativo exigente y al mismo tiempo constitutivamente generoso. Pero no reside aquí propiamente la fuerza poética a que aludíamos. La poesía de «Fuita i martiri de sant Andreu Milà» está en sus mismas raíces, en su estructura, en su arquitectura. A medida que pasan las páginas donde Andreu Milà, desde el fondo del barranco en que se precipitó el coche, describe alternativamente su desdichada aventura y la tragedia que le envuelve, el lector se percata, cada vez con mayor claridad, de que se encuentra ante una clave, de que Miquel Angel Riera se ha beneficiado de la novela para tejer, en términos hirientes y modernos, una alegoría. La sospecha se le hace agobiante en los últimos renglones del relato, que hay que relacionar con la «tamborada per a un romanç de cec», puesta sabiamente por el escritor en la misma cabecera del libro.

Por si quedara alguna duda sobre el «fair play» de Miquel Angel Riera, un epílogo o «conversa amb el lector, tot prenent partir», bellamente escrito por Jaume Santandreu —el autor de «Nu», como vimos— la desvanece hasta sus últimos efectos. Sólo que la alegoría es para él una parábola: prácticamente, lo mismo da. Tanto una como otra se traducen en un lenguaje de símbolos, mientras que la novela estricta «és un llenguatge de fets». He aquí el núcleo de la transposición, en la síntesis de Jaume Santandreu: «Aquí al barranc, com allà al Calvari, tres homes amb aparença de malfactors i nom de lladres, engrunats, increïblement adolorits, fracassats, agombolats per la presència d'una dona innocent i callada, guanyen definitivament el combat a la mort i se salven». Pero es, en realidad, Andreu Milà, el eterno fugitivo de su propia vida y eterno enfermo de soledad humana, quien, declarándose culpable del homicidio y por ello mismo, seguro de todo, carga con la tragedia de la humanidad y se entrega a la muerte de garrote: un nuevo Cristo concreto, «ortiga del Pedregar», «llop de planura solitària».

Quizá Jaume Santandreu, con su profunda disquisición evangélica y teológica, ha roto el hechizo de la alegoría. Siempre resulta más arroyante, en tales casos, la hipótesis, la presunción, la perplejidad, gracias a sus fascinadoras combinaciones o fantasías. Sólo por hacerlas posible, Miquel Angel Riera ha escrito una novela terriblemente humana, realista, llena de valores y razones históricas, ajena a todo afán de mostrarse agradable y risueña. El novelista se ha encerrado en el drama del hombre sólo concebido en función de la convivencia. Quizá no llega a abrirnos un resquicio de lumbre, que él no ve, de puro ser la luz misma en que todo se le presenta sumergido. En esta paradoja se encierra, sin lugar a dudas, la verdadera poesía de «Fuita i martiri de sant Andreu Milà».